

1. CARTA DEL RECTOR MAYOR

CARISMA Y ORACION

Introducción. —Atracción de los carismas.— El hombre, en diálogo de oración. —Originalidad de la oración cristiana.— Por Cristo, con él y en él. —El eje de la oración cristiana es la oración mental.—Meta de la oración según san Francisco de Sales.— Renovemos nuestra oración. — Tres polos a los que hay que prestar la mayor atención.— Que nos ayuden el Espíritu y María.

Roma, Solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora,
15 de agosto de 1991

Queridos hermanos:

Durante la última sesión plenaria del Consejo General, celebrada los pasados meses de junio y julio, estudiamos varios aspectos de la vida de las inspecciónes hoy. Uno de ellos, que de algún modo se vincula con nuestra renovación, fue el siguiente: «Espiritualidad salesiana y movimientos eclesiales». Es un dato que nos puede hacer reflexionar para fortificar nuestra identidad y también, en algún caso, para evitar desviaciones.

Se analizó la situación. Respecto a la consistencia de la participación de salesianos en determinados movimientos fue difícil cuantificarla con exactitud. Algunos están en ellos como asistentes eclesiales, especialmente en nuestras parroquias; otros van esporádicamente a algunas reuniones para informarse; otros toman parte en ellos explícitamente, aduciendo como razón el deseo de recargarse espiritualmente; y otros, en fin —espero que sean pocos—, se adhieren a ellos con tanta fuerza, que llegan prácticamente a aquella doble pertenencia que implica falta de estima por la espiritualidad del propio carisma.

Nos preguntamos el porqué de esta atracción hacia tales movimientos.

Nos pareció que, en diversos casos, puede pensarse en una reacción contra el estilo de superficialidad que quizás se vive en ciertas casas: una especie de carencia de autenticidad religiosa en la consagración apostólica, una necesidad sentida de mayor interioridad contra ciertas formas de activismo. Algunos de los que participan en ellos se sienten gratificados, pues dicen que encuentran una forma de inmediatez evangélica, relación objetiva profunda y protagonismo espiritual. Sin embargo, entre las causas puede figurar también una insuficiente comprensión de la naturaleza de nuestra espiritualidad, que es realista, sin excesos emotivos, equilibrada y operativa, destinada a ser fermento de la praxis educativa en lo cotidiano. Una espiritualidad en nada inferior a las demás, dado que, por encima de las diferentes tipologías, cada uno de los modelos de vida espiritual aprobado por la Iglesia es un camino auténtico de santidad. Externamente se reviste de cosas ordinarias: extraordinaria en lo ordinario, como se nos ha dicho muchas veces, formada por cosas aparentemente pequeñas, pero que son elementos orgánicos de un conjunto vital, que tiene sus raíces en una fuerte personalidad espiritual.

Os invito, pues, a considerar con mayor atención la propuesta de nuestra espiritualidad salesiana, que venimos profundizando desde hace años, y a centrar vuestra atención en el elemento que da vida a toda interioridad, que es la oración, o, como antes se decía entre nosotros, el «espíritu de piedad»¹.

Sírvanos de estímulo, en asunto tan vital, la conmemoración del ciento cincuenta aniversario del inicio del carisma del oratorio de san Juan Bosco el próximo 8 de diciembre.

1. Cf. PEDRO RICALDONE, *La Pietà: Vita di Pietà; l'Eucaristia*, vol. III, serie «Formazione salesiana», colle Don Bosco 1955.

Atracción de los carismas

Es hermoso sentirse implicado en la presencia renovadora del Espíritu Santo. La actual estación del pueblo de Dios es una hora carismática.

Nuestra renovación está siguiendo desde hace años esta línea; lo mismo puede afirmarse de otros muchos institutos religiosos. Sin embargo, en la Iglesia han surgido también carismas nuevos bajo forma de movimientos eclesiales. El Sínodo que estudió el tema de los seglares (1987) los mencionó explícitamente².

2. *Christifideles laici* 24

El Papa y los obispos los vieron, en su conjunto, como algo positivo: sacuden la apatía, provocan entusiasmo, suscitan creatividad y ponen en actitud de respuesta evangélica a los retos de los tiempos.

Como en todas las cosas, aunque sean espirituales, este fenómeno puede prestarse también a expresiones carentes de equilibrio, con fuerte valencia emocional, intimismo acentuado e insistencia en la guía directa del Espíritu Santo sin necesidad de las mediaciones de la autoridad y de la comunidad. Puede, a veces, provocar riesgos en el mismo campo pastoral: o de substitución, o de confusión, o de monopolio por parte de algunos grupos.

En este mismo número de Actas del Consejo General, el vicario del Rector Mayor, padre Juan Edmundo Vecchi, da algunos criterios de discernimiento de cara al influjo que puede tener en nuestra identidad la participación en los referidos movimientos.

El contacto con otros carismas debería servir siempre para reforzar la pertenencia al propio...

La vertiente en que se constata la participación de los salesianos en tales movimientos es, sobre todo, la búsqueda de mayor interioridad y de ora-

ción más auténtica. Por ello queremos reflexionar un poco sobre la oración salesiana. *Carisma y oración* son, entre sí, inseparables y forman juntos los rasgos de una fisonomía particular. Todo carisma da un tono propio a la oración y exige un ejercicio intenso de la misma.

Pero, para reflexionar sobre la oración, debemos ir antes y más allá de los carismas.

De todos modos, conviene hacer enseguida algunas afirmaciones sobre el relanzamiento de nuestro carisma, que sacuden lo íntimo de nuestro ser: Sin oración no hay, para nadie, síntesis entre fe y vida; no hay, para nadie, reciprocidad entre evangelización y oración; no hay unidad entre consagración y profesionalidad; no hay correspondencia entre interioridad y trabajo. Es decir, sin el aliento interior de la oración, el trabajo no es santificante, la competencia humana no es testimonio evangélico, los quehaceres educativos no son pastorales y el vivir cotidiano no es religioso. Estas afirmaciones pueden parecer excesivas y hasta extremosas, pero ponen el dedo en la llaga.

La ausencia de verdadera oración sería, para nosotros, un fracaso en todos los frentes. Nos lo dejó escrito san Juan Bosco: «La historia eclesiástica nos enseña que todas las órdenes y congregaciones religiosas florecieron y promovieron el bien de la religión mientras la piedad se mantuvo vigorosa en ellas; al contrario, hemos visto decaer no pocas de ellas y otras han dejado de existir. ¿Cuándo? Cuando perdió fuerza su espíritu de piedad y cada uno de sus miembros comenzó a pensar en sus propias cosas y no en las de Jesucristo (Flp 2,21), como ya san Pablo se lamentaba de algunos cristianos»³.

3. *Reglas y Constituciones de la Sociedad de San Francisco de Sales*, Introducción, Turín 1885.

El hombre, en diálogo de oración

Sin embargo, el ataque de fondo a la oración viene de lejos: procede de la interpretación secularista del actual giro antropológico que caracteriza los cambios culturales. La evolución de los signos de los tiempos influye directamente en la oración: para bien y para mal. Veamos los dos semblantes antitéticos que la acompañan.

Un semblante es el laicista, que interpreta los valores emergentes sólo de manera antropocéntrica: lleva al agnosticismo o a variadas formas de increencia. En la ciudad secular la oración está devaluada; la acción lleva al olvido del ser.

El otro semblante es el cristiano, que acepta el giro antropológico y considera al hombre como verdadero centro del mundo, lo interpreta y le da sentido: es el protagonista de la historia; lleva en sí el misterio de ser imagen de Dios: «Al hombre, formado a tu imagen y semejanza, sometiste las maravillas del mundo —proclamamos en el quinto prefacio dominical del tiempo ordinario—, para que, en nombre tuyo, dominara la creación, y al contemplar tus grandezas, en todo momento te alabara, por Cristo, Señor nuestro».

Así, Cristo es, con nosotros y por nosotros, el hombre orante.

La fe cristiana tiene un concepto integral del hombre; no sólo lo considera superior a los demás animales (“homo sapiens”), no sólo admira su laboriosidad (“homo faber”) y capacidad organizadora y administrativa (“homo oeconomicus”) y no se detiene ante los avances de la ciencia y la técnica (“homo technicus”), sino que percibe la dignidad suprema de su ser en la capacidad de dialogar con Dios, a cuya imagen ha sido formado. Revestido de tal dignidad, el hombre descubre en el Creador y Salvador al “tú transcendente” con quien

entrar en relación; considera el mundo como un don suyo, y, por tanto, se siente amado y lleno de gratitud, convirtiéndose, mediante tal actitud, en el "liturgo del universo". Con razón un estudioso —B. Häring— lo define "*homo orans*": un hombre que estima como nadie la inteligencia y la cultura, que se dedica a la ciencia y a la técnica, que desarrolla la organización social y la convivencia política, pero que además está convencido de que todo es no sólo objeto que ha de conocer, promover y aprovechar, sino también don de Alguien que nos ama.

Originalidad de la oración cristiana

Entre las muchas definiciones de la oración quiero recordar la de san Agustín: la oración es un diálogo con Dios⁴.

Pero, ¿qué Dios y qué clase de diálogo?

Al dar respuesta a estas preguntas descubrimos la originalidad de la oración cristiana. En la base de todo está la objetividad del mundo, la realidad, la historia. Para rezar, no hay que huir de la realidad; hay que calar en ella.

Una religión simplemente conceptual hacia una trascendencia más bien anónima puede desembocar en una especie de alienación y reducir la oración a fórmulas de palabras que se repiten (o se gritan, como azuzaba Elías a los falsos profetas), sin saber quién escucha: los ídolos —dice el salmo— tienen ojos pero no ven, tienen boca pero no hablan.

El cristianismo es propiamente una fe; es decir, una mirada que penetra en la realidad y se adhiere al misterio que capta en personas y hechos históricos. De este encuentro brota, en el hombre, la oración como diálogo de respuesta al tú del Crea-

4. Cf. PL 22, 411.

dor y Salvador, que le ama y lo interpela continuamente.

Esta fe se centra plenamente en el hombre Cristo y, con él, en la historia y en la realidad del mundo.

En Cristo se comprende quién es de verdad Dios y cuáles son las relaciones del mundo y de la historia con él; el hombre se siente en la condición de hijo pródigo; descubre que es un pacto de amistad, una alianza que se ha de vivir en diálogo exaltante.

Así pues, para hablar adecuadamente de la oración, es preciso considerar ante todo la actitud orante de Cristo, como maduración de la experiencia de las antiguas alianzas históricas: Adán, Noé, Abrahán, Moisés.

Hay que reconocer que Israel fue el pueblo de la verdadera oración; enseñó a orar dialogando con el Dios creador y providente; era un pueblo muy realista, que tuvo el privilegio de la experiencia de Dios en su vida. Las bendiciones, los salmos, los diversos ritos y fiestas —expresiones de oración de este pueblo— hacen sentir la presencia de Dios en el tiempo y en el mundo: se saborean la bendición y la alegría, la adoración y la acción de gracias, la alabanza y la súplica, la lamentación y la petición de perdón, la audacia de los sentimientos y el peso de las obscuridades, la angustia de las múltiples dificultades y el vivo y convencido sentimiento de confianza: un universo de sentimientos humanos y religiosos abiertos a Dios.

Un autor hebreo —Roberto Aron— describe con detalle lo intensa que era la oración de su pueblo: llenaba la jornada, la semana y los meses,azonaba el tiempo mediante el diálogo con Dios. El estudio de este autor ayuda a imaginar la asiduidad con que la practicaban los piadosos hebreos que eran José, María y Jesús⁵.

5. Cf. ROBERT ARON, *Così pregava l'ebreo Gesù*, Mondadori, 1988.

Vivir sin rezar de forma auténtica y verdadera significa, por desgracia, no darse cuenta del misterio de la historia y del significado genuino del mundo.

En el fenómeno de los movimientos hay que descubrir —como mérito de especial actualidad— una fuerte reacción contra el antropocentrismo imperante, tremendamente reductivo de la dignidad y de la vocación humana. Reaccionar contra un clima que desearía marginar al “*homo orans*” es ciertamente hoy una enseñanza fundamental para la fe.

Por Cristo, con él y en él

Sobre el fondo de esta mirada de conjunto sobre la oración, surge la pregunta: Pero, ¿qué clase de diálogo es la oración cristiana? Dado que éste se realiza dentro de la Alianza Nueva, hay que decir que en el centro está Jesucristo, mediador. La fe nos une a él, que, con el Padre, envía su Espíritu que nos incorpora a él: «Como el sarmiento no puede dar fruto por sí, si no permanece en la vid, así tampoco vosotros, si no permanecéis en mí. Yo soy la vid, vosotros los sarmientos ... Si permanecéis en mí y mis palabras permanecen en vosotros, pediréis lo que deseéis, y se realizará»⁶.

6. Cf. *Juan* 15, 1-6.

La verdadera oración es —como la fe— don. Es simultáneamente personal, comunitaria y litúrgica. Tiene una identidad peculiar; para comprender sus elementos esenciales conviene concentrar la atención en la celebración de la Eucaristía.

En ésta hallamos las etapas características que revelan la dinámica de la oración cristiana.

— Ante todo, la elección de un tiempo a propósito que comienza con una autocrítica penitencial, sostenida por la confianza en la misericordia

del Padre: es muy importante la actitud sincera de humildad frente a las propias faltas y limitaciones.

7. 1 Juan 4, 10.

— Le sigue un espacio de *escucha de la palabra de Dios*, que tuvo la iniciativa de amarnos, 7 y un comentario de meditación que proyecta, cuanto sugiere el Señor, en la actualidad de la propia vida (¡función iluminadora de la homilía!).

— A continuación tiene lugar el *simbolismo convivencial* del ofertorio y de la mesa, que en el diálogo introduce el ofrecimiento de sí mismo y del propio trabajo mediante el simbolismo del pan y del vino (cosas pequeñas, pero significativas: ¡se convertirán en comida y bebida de vida eterna!); orienta la oración hacia la actitud de la donación de sí mismo.

— Comienza, después, el *diálogo personalizado* con el tú del Padre («Te igitur»): es el gran amigo a quien se dirige toda la celebración y de quien se proclaman las maravillas de un amor que crea, libera y transforma (adoración, alabanza, acción de gracias, confianza).

— Se llega, así, a la cumbre de la celebración en el *memorial* que, por el poder del Espíritu Santo, hace presente —aquí y ahora— los acontecimientos pascales de Cristo, hermano solidario de todos: es el supremo acto humano de donación de sí en la respuesta del hombre a Dios; es el momento supremo de la liturgia de todos en Cristo; es la cumbre de la Alianza; es la existencia entregada: «Para que, fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de tu Hijo y llenos de su Espíritu Santo, formemos en Cristo un solo cuerpo y un solo espíritu. Que él nos transforme en ofrenda permanente»⁸.

8. Plegario eucarística III.

— Se reza, a continuación, el *Padrenuestro* con sus dos aspectos de adoración y de petición. En la primera parte, conocida, por la escucha, la bon-

dad infinita del Padre, el corazón prorrumpe en la proclamación más bella de la esperanza: «Santificado sea tu nombre, venga a nosotros tu reino, hágase tu voluntad». En la segunda, teniendo clara la conciencia de las situaciones concretas de la existencia, brota espontáneo el «danos hoy», que con realismo incluye en la oración los hechos y la historia (deudas, perdón, tentaciones, etc.); el Señor sabe que somos frágiles...

— Por último, se realiza la *comunión* con el sacramento del pan y del vino, a fin de ser, juntos, un único cuerpo y vivir y actuar en favor de la salvación de los demás. Con razón la celebración termina con al *envío a la misión*, para colaborar, mediante las obras y la vida, a la plena realización de la Alianza.

Creo que resulta iluminadora esta mirada sintética a la celebración eucarística, cuando nos proponemos profundizar en la naturaleza peculiar de la oración cristiana. Llama inmediatamente la atención el hecho de que se parta de la humildad de la escucha y se llegue a la misión, después de pasar por la incorporación viva al misterio de Cristo, haciéndose hijos en el Hijo y solidarios con todos los hermanos. De ese modo, el “homo orans”, recuperada con creces la dignidad de su primer origen, hace que en sí resplandezca la imagen de Dios.

El eje de la oración cristiana es la oración mental

Para el creyente, en el diálogo de la Alianza es imprescindible empezar con una actitud de escucha, preparada por la humildad penitente. La autenticidad de la oración tiene su raíz, como primer inicio de respuesta, en *una experiencia personal de Dios*. Pensemos, por ejemplo, en Moisés

ante la zarza ardiente. Se trata de una actitud de descubrimiento y como de sorpresa. Es el Señor quien dice: «Mira que estoy a la puerta llamando: si uno me oye y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos»⁹.

9. *Apocalipsis* 3, 20.

Esta actitud de escucha atenta se muestra particularmente fecunda en la forma de oración que llamamos “oración mental”, cuya forma más perfecta se debe a los grandes santos del siglo de oro español. La oración mental no es en absoluto un ejercicio reservado a monjes y ermitaños, sino el fundamento mismo de toda oración, ya que la fe es ante todo *escucha*. No hay oración, igual que no hay vida de fe, si no intervienen la conciencia y la libertad de cada uno. Nuestra misma experiencia personal nos dice que los momentos, a menudo más intensos, de la oración son los de la interioridad personal: de la meditación más que de los sentimientos, de silencio más que de locuacidad, de contemplación más que de razonamiento: «La palabra de Dios es viva y eficaz, más tajante que espada de doble filo»¹⁰.

10. *Hebreos* 4, 12.

«Cuando tú vayas a rezar —dice el Evangelio—, entra en tu cuarto, cierra la puerta y reza a tu Padre que está en lo escondido, y tu Padre, que ve en lo escondido, te lo pagará»¹¹.

11. *Mateo* 6, 6.

Esto no va contra la oración comunitaria, tan importante, que tiene en la celebración eucarística la expresión eclesial más perfecta, sino que subraya cuál es la condición previa y también la autenticidad de participación en ella.

La oración mental pasa gradualmente de la meditación a la contemplación; es una actitud interior por la que se entra en relación con el amor de Dios.

Santa Teresa la describe como trato de amistad con el Señor.

Pablo VI la presenta así: «El esfuerzo de fijar

en Dios la mirada y el corazón, que llamamos contemplación, es el acto más elevado y pleno del espíritu, el acto que todavía hoy puede y debe jerarquizar la inmensa pirámide de la actividad humana»¹².

No debemos pensar que la contemplación, en la que desemboca la meditación, es una actitud reservada a unos pocos privilegiados. No se trata aquí de presentarla con difíciles definiciones abstractas, ni de enumerar sus diversos modos y grados con sus delicados problemas, sino de mirar el ejemplo de los santos que han vivido nuestra misma espiritualidad. Para tener una imagen concreta, nos basta mirar a san Juan Bosco: «Lo estudiamos e imitamos admirando en él una espléndida armonía entre naturaleza y gracia. Profundamente humano y rico en las virtudes de su pueblo, estaba abierto a las realidades terrenas; profundamente hombre de Dios y lleno de los dones del Espíritu Santo, vivía como si viera al Invisible»¹³.

La meditación se hace contemplación cuando el amor, nacido en la escucha, se impone y hace entrar directamente en el corazón del Padre¹⁴.

12. PABLO VI, 7 de diciembre de 1965.

13. Constituciones 21.

14. Cf. Constituciones 12.

Meta de la oración según san Francisco de Sales

Llegados a este punto, podemos dar otro paso adelante para entender a fondo *la intensidad orante* del "*da mihi ánimas*", que es lo que inspira la oración de san Juan Bosco. Nos referimos al profundo testimonio e iluminación de san Francisco de Sales. Su oración lo llevaba a una unión con Dios que se hacía vida incansablemente apostólica, a la vez que profundizaba en su naturaleza con agudas reflexiones doctrinales.

Lo hizo con una originalidad impresionante, so-

bre todo en dos libros de su Tratado del amor de Dios, el sexto y el séptimo: obra muy estimada por las primeras generaciones de nuestra Congregación. Aunque en sus reflexiones emplea el término “éxtasis”, no le da el significado de pérdida de la conciencia o liberación de la realidad, como sucede en ciertos fenómenos paramísticos; nuestro santo Obispo no es indulgente con evasiones emotivas, que podrían ser alucinatorias y reducirse a vanas ilusiones.

«Cuando encontramos una persona —escribe— que en la oración tiene raptos que la llevan fuera de sí y sube hasta Dios, pero no posee el éxtasis en la vida —o sea, no conduce a una vida elevada y unida a Dios, con la mortificación de los deseos mundanos, de la voluntad y de las inclinaciones naturales, por medio de una dulzura interior, de sencillez y humildad, y, sobre todo, por una caridad continua—, créeme, Teótimo, todos sus raptos son muy dudosos y llenos de peligros; son raptos capaces de suscitar admiración en los hombres, pero no santifican a quien los experimenta»¹⁵.

15. SAN FRANCISCO DE SALES. *Tratado del amor de Dios*, Ed. Paoline, 1989, pág. 527 (libro VII, cap. VII).

Con el término “éxtasis” san Francisco de Sales profundiza la meta a que debe llevar la oración mental. La meta es aquel raptó, aquel salir fuera de uno mismo por el que Dios nos atrae y nos eleva hasta sí; a tal raptó le da el nombre de éxtasis, en cuanto que por su medio permanecemos por encima de nosotros mismos.

San Francisco alcanza, en estas reflexiones, el punto más alto de su análisis sobre la espiritualidad que, por él, se llama “salesiana”.

La oración conduce a una actitud interior que va más allá del diálogo y se hace *amor unitivo*. La respuesta del yo al tú ya no es ni palabra ni sentimiento, sino intercambio de vida: la salida de sí hacia el amado; no es vaciamiento, sino plenitud gozosa que hace experimentar lo que afirma

el Apóstol: «Ya no vivo yo, vive en mí Cristo»¹⁶. Una vida que supera las motivaciones y fuerzas humanas, porque se alimenta de Dios. *La oración desemboca, así, en la caridad*; es su camino imprescindible, es su madre fecunda; pero madre que se olvida de sí misma en favor de la plenitud de vida que ha engendrado, o esa, la “unión con Dios”.

16. *Gálatas* 2, 20.

Este amor unitivo —afirma, en efecto, san Francisco de Sales— ya no se mide sólo en la oración, que hasta podría resultar quietismo; tampoco se identifica simplemente con cualquier trabajo, que podría ser mero activismo, sino que se hace *vida y acción de caridad*; cuida más las intenciones que las palabras. No es vivir en nosotros, sino por encima de nosotros; «y como nadie puede salir así por encima de sí mismo, si no le atrae el Padre eterno (Jn 6,44), quiere decir que tal modo de vivir debe ser un raptó continuo y un éxtasis incesante de acción y de actuación»¹⁷. De ahí la necesidad de renovar a menudo la oración, para asegurar el amor unitivo, que no es difícil y comienza por los grados más bajos y crece sin límites.

17. *o.c.*, p. 525 (libro VII, cap. VI).

San Francisco de Sales indica tres clases de raptó en la oración, tres éxtasis. «Uno —afirma— se refiere al entendimiento, el segundo al afecto y el tercero a la acción». El tercero —es decir, «el éxtasis de la vida y de la acción— corona los otros dos, que, sin él, resultarían incompletos. No ha existido ningún santo que no haya tenido el éxtasis o raptó de la vida y de la acción, superándose a sí mismo y sus propias inclinaciones naturales»¹⁸.

18. *o.c.*, p. 528 (libro VII, cap. VII).

Es cierto que el éxtasis del entendimiento, debido al encuentro con una verdad iluminadora, puede nutrir una contemplación especial, y también que el éxtasis del afecto puede despertar un entusiasmo de fervor por encima de sí mismo; no

obstante, ambos se ordenan a que broten el testimonio de la vida y la colaboración de la acción; están ligados al tercero, aunque, por desgracia, no necesariamente.

Si el raptó de la inteligencia —dice el Santo— es más hermoso que bueno, más especulativo que afectivo, más de ciencia que de vivencia, más de vista que de gusto y sabor, resulta muy dudoso. Y si el raptó del afecto es más de sentimiento que de compromiso, más de fervor en la admiración que de sacrificio de sí mismo, más de sensibilidad que de trabajo, más dulce que práctico, aparece peligrosamente superficial.

«Dos son los principales ejercicios de nuestro amor a Dios, escribe: uno afectivo y otro efectivo. En virtud del primero amamos a Dios y lo que él ama; en virtud del segundo servimos a Dios y hacemos lo que él nos manda... Por el primero *concebimos*, por el segundo *engendramos*; con uno ponemos a Dios en nuestro corazón..., con el otro lo ponemos en nuestros brazos como una espada de amor mediante la que realizamos todos los actos de virtud»¹⁹. Y añade: «Hay inspiraciones celestiales, para cuya actuación no sólo es preciso que Dios nos eleve por encima de nuestras fuerzas, sino que también nos eleva por encima de los instintos e inclinaciones de nuestra naturaleza. En efecto, dichas inspiraciones, aunque no son contrarias a la razón humana, la superan, están por encima de ella y le son superiores: de modo que en ese caso ya no vivimos sólo una vida civil, honesta y cristiana, sino una vida sobrehumana, espiritual, devota y extática, es decir, una vida que, en cualquier caso, está fuera y por encima de nuestra condición natural ...

«Abandonar todos nuestros bienes, amar la pobreza, llamarla y tenerla por señora encantadora, considerar los oprobios, el desprecio, la abyección-

19. o. c., p. 427 (libro VI, cap. I.)

nes, persecuciones y martirios como felicidad y bienaventuranza, mantenerse en los límites de una castidad absoluta, y, por último, vivir en el mundo y, en esta vida mortal, ir contra todas las opiniones y máximas del mundo y contra la corriente del río de esta vida, con habitual resignación, renuncia y abnegación de nosotros mismos, no es vivir según la naturaleza humana, sino por encima de ella»²⁰.

La unión con Dios es, por tanto, *la verdadera meta de la oración*. Tiene muchos grados y crece sin cesar; empieza siendo pequeña y con carencias, pero madura poco a poco; es «una luz que aumenta con el alba del día».

Estas reflexiones de san Francisco de Sales nos introducen en el realismo de la oración salesiana.

Un estudioso del Santo —Andrés Ravier— afirma que esta profunda visión, fruto de la vivencia personal, fue en su tiempo una especie de vuelco mental. «De golpe, la devoción (= espiritualidad) quedaba liberada de las conocidas controversias que veían opuestas contemplación y acción, culto interno y culto externo, piedad y juridicismo canónico, ascesis y mística, servicio a Dios y servicio a los hombres y, más profundamente, el monje y el seglar»²¹.

Podemos recordar aquí algunas afirmaciones de san Juan Bosco y de sus sucesores sobre la importancia que para nosotros tiene el testimonio y la doctrina de san Francisco de Sales.

«Si los salesianos —decía nuestro Fundador en una conferencia— practicaran realmente la religión como la entendía san Francisco de Sales, con su mismo celo, con su caridad, con su mansedumbre..., entonces sí que podría enorgullecerme y habría motivo para esperar un bien inmenso en el mundo. Es más, me atrevería a decir que el mundo vendría detrás de nosotros»²².

20. o. c., p. 523, 524 (libro VII, cap. VI).

21. ST. FRANÇOIS DE SALES, *Oeuvres, Bibliothèque de la Pléiade*, Ed. Gallimard, 1986; Introduction à la vie dévote», p. 8.

22. *Memorias Biográficas* XII, 630; cf. 30.

Don Pablo Albera, segundo sucesor, habló con frecuencia de nuestro Patrón. En la circular sobre el "espíritu de piedad" se refiere a la práctica de la oración continua, e insiste particularmente en que se viva en la Congregación la «*piedad activa*» de que trata a menudo san Francisco de Sales y que fue el secreto de la santidad de Don Bosco»²³.

23. *Lettere di don Paolo Albera*, edición de 1965, p. 40.

El beato Felipe Rinaldi, tercer sucesor, refiriéndose a la indulgencia del trabajo santificado, escribía: «Observad que este favor se nos ha concedido en el tercer centenario de la muerte de nuestro celestial patrón, san Francisco de Sales, cuya suave doctrina está totalmente impregnada de este alentador pensamiento. Podríamos llamarlo también el *apóstol de la santificación del momento presente*»²⁴.

24. *Actas del Capítulo Superior*, año 1923, núm. 17, p. 36.

Para san Francisco de Sales, por lo tanto, la oración es imprescindible para llegar, en Cristo, al amor unitivo con el Padre; de aquí brota aquella energía que es la *caridad pastoral*: «la caridad que es como el alma de todo apostolado», dice el Concilio²⁵. Sí, ¡el alma del apostolado salesiano es la caridad pastoral!²⁶. He ahí la meta a la que debemos tender en la renovación de nuestra oración.

25. *Apostolicam actuositatem* 3.

26. Cf. *Constituciones* 10.

Ésta no se caracteriza por especiales expresiones externas; no tiene nada de afectado en sus actitudes; no pone el acento en elevadas reflexiones intelectuales, aunque se nutra de ellas; no da el primer puesto a manifestaciones singulares o raras de sentimientos, aunque mueve profundamente los afectos del corazón; se centra en la identificación efectiva con la voluntad salvadora de Dios para convertirla en actitudes prácticas. Sus contemplaciones intelectuales y sus sentimientos los orienta hacia la misión de salvación. Como dice san Francisco de Sales, mediante ellos concibe para engen-

drar; es decir, para hacer que la sangre pase del corazón a los brazos y a las manos.

Creo que aquí será útil recordar que esta doctrina de nuestro Patrón coincide substancialmente con los máximos maestros de la unión con Dios: santa Teresa de Jesús y san Juan de la Cruz, de cuya muerte celebraremos el cuarto centenario el próximo mes de diciembre. Ambos santos testimoniaron y comunicaron la experiencia de Dios que los acompañó en la difícil empresa de reformar religiosos.

No obstante la profunda diferencia entre carisma carmelitano y salesiano, nos encontramos en la misma meta del amor unitivo. Coincidencia que proclama esta verdad: una unión con Dios convertido en todo y un vaciamiento del yo, que se ha hecho nada hasta el punto de afirmar: «Vivo sin vivir en mí».

Es otro modo de hablar de un mismo éxtasis.

Renovemos nuestra oración

A la luz de las reflexiones de san Francisco de Sales, resulta evidente que carisma de san Juan Bosco y oración salesiana son recíprocamente inseparables: constituyen una unidad vital, de manera que ninguno de los dos aspectos tiene sentido sin el otro, pues se funden en un solo semblante espiritual.

Nuestros últimos capítulos generales tuvieron como objetivo el relanzar el carisma del Fundador a la nueva órbita conciliar; y el Vaticano II comenzó su providencial giro precisamente renovando la oración de la Iglesia, como para indicar que el relanzamiento de cualquier carisma debía empezar dando el primer puesto a la renovación de

la oración, devolviéndole así su papel vitalizador en la comunión eclesial de los creyentes.

27. *In dialogo con il Signore*, LDC, 1990, para las inspectorías de Italia, pp. 7-15.

Por ello nos esforzamos en dar un salto de calidad al renovar nuestra oración. La hermosa introducción a la guía para la oración de la comunidad²⁷ nos presenta una cuidada síntesis del camino hecho por la Congregación en el tema de la prácticas de piedad. En ella se destaca claramente tanto el pensamiento genuino de san Juan Bosco, como la renovación profunda querida substancialmente por el Capítulo General Especial y la continuidad de una tradición viva que procede del Fundador con la capacidad de adecuarse a los nuevos tiempos eclesiales.

Ha sido un trabajo delicado y bien hecho; tras una experimentación de dos sexenios, quedó codificado por el XXII Capítulo General en las Constituciones renovadas.

Es cierto que la oración cristiana —como la vocación global de la Iglesia y la naturaleza específica de la fe— es substancialmente común a todos los creyentes; sin embargo, igual que en la liturgia influyen las diferencias culturales y las sanas herencias históricas, de modo similar en las diversas clases de oración inciden las peculiaridades del carisma del Fundador y la confirmación de las tradiciones genuinas que lo han arraigado en el mundo.

Ante el reto del secularismo actual y los valientes ejemplos de reacción cristiana dados por diversos movimientos eclesiales, debemos preguntarnos en qué consiste, para nosotros, y cómo vivimos la oración renovada: cuáles son los núcleos vitales que hay que cuidar para que constituya de verdad el aliento actual de nuestra vocación.

28. *Ibidem*, pp. 20-21.

«La oración —leemos en la mencionada introducción—²⁸ es el lugar de lo absoluto, el lugar de Dios; o, para mayor precisión, el lugar en

que la palabra de Dios cobra su sentido y, con ella, toda nuestra existencia. Lugar de la identidad y de los diálogos verdaderos, en los que nuestro misterio toca el de Dios...

«Si la oración debe ser realidad humana, no puede no brotar de la historia en un momento y un espacio preciso, no puede no hacerse práctica, ejercicio».

Si ahora miramos el texto que la Regla dedica a nuestro “diálogo con el Señor”, podremos subrayar mejor sus aspectos más característicos y vitales.

Empecemos diciendo que el capítulo séptimo de las Constituciones no está colocado “después”, como si se tratara de un tema de menor importancia; se halla al final de la segunda parte como en su vértice, cual síntesis vital de cuanto le precede; como para decir que la misión, la comunidad y la práctica de los consejos evangélicos (es decir, nuestro éxtasis de vida y de acción), por su misma naturaleza de participación en el misterio de la Iglesia, no pueden vivirse sin la energía de la unión con Dios y de la caridad pastoral que proceden de la oración.

Lo primero que debemos subrayar es que el modelo al que tenemos que mirar es indudablemente san Juan Bosco: «De él aprendemos»²⁹.

Leamos juntos una página del Comentario de las Constituciones: «Habitualmente se nos presenta a san Juan Bosco como modelo de acción; menos veces se nos habla de él como modelo de oración ... [En cambio,] abundan los testimonios sobre [su] espíritu de oración. Puede afirmarse — declaró Julio Barberis— “que rezaba siempre. Lo vi —podría decir— rezar cientos de veces al subir y bajar la escalera. También por la calle rezaba. En los viajes, cuando no corregía pruebas de imprenta, lo veía en oración”. Y el beato Miguel

29. *Constituciones* 86.

Rúa añade: “Muchas veces lo sorprendí recogido en oración durante los breves instantes en que se hallaba solo, necesitado de un poco de descanso”... Le daba [a la oración] la precedencia absoluta ... “Sólo se comienza bien —afirmaba— desde el cielo”.

«La oración era para él la “obra de las obras”, porque la oración “obtiene todo y triunfa de todo”»^{30 31}.

El cardenal Cagliero declaró: «Don Bosco rezaba siempre, porque todo lo que hacía estaba dirigido hacia la gloria de Dios y lo realizaba en su presencia. Por lo tanto, oración era para él también el trabajo continuo, santo e increíble: con admirable perfección unía vida contemplativa y activa».

El aspecto de fondo que resalta en nuestro Fundador es «que de modo espontáneo enlazaba la oración con la vida»³², característica en la que insisten varios artículos de nuestras Constituciones³³, hasta el punto de afirmar que debemos capacitarnos para «celebrar la liturgia de la vida [logrando] “aquella laboriosidad incansable ... que debe ser la característica de los hijos de san Juan Bosco”»³⁴.

Tal característica supone un estilo de oración hecho de sencillez, gozo y esperanza; sin dar cabida a manifestaciones un tanto raras, pero cuidando el clima atractivo (esplendor de la liturgia) que insensiblemente lleva al gusto del sacrificio en la donación de sí mismo.

El artículo 12 de las Constituciones describe explícitamente la meta de nuestra oración: «Al trabajar por la salvación de la juventud», el salesiano vive la experiencia de la alianza, «ora ininterrumpidamente» «haciendo todo por amor de Dios».

Vale la pena incluir aquí algunas líneas del mencionado Comentario. «Para entender la profundi-

30. *El proyecto de vida de los Salesianos de Don Bosco: guía de lectura de las Constituciones salesianas*, Roma (Madrid), 1986, pp. 741-742.

31. *Nota*: Convendría leer de cuando en cuando el precioso estudio de Eugenio CERIA *Don Bosco don Dios*.

32. *Constituciones* 86.

33. Cf. arts. 86, 87, 89, 92.

34. *Constituciones*, 95.

dad de esta ... unión con Dios, debemos recordar la gracia de unidad, explicada a propósito de nuestra vocación, que no se sitúa primeramente en las actividades ni en las prácticas de piedad, sino en lo íntimo de la persona, cuyo ser impregna por completo: antes de traducirse a hacer o a rezar es un modo espiritual de ser dinámico, en cuanto que es participación consciente en el amor de Dios mediante la donación de sí mismo y la disponibilidad práctica para la obra de salvación. Es una actitud interior de caridad que tiende a la acción apostólica, donde se concreta, se manifiesta, crece y se perfecciona»³⁵.

Así se coloca por encima de la famosa distinción entre contemplación y acción: dos términos que la tradición nos ha transmitido juntos, como para asegurarnos que el sentido de cada uno de ellos brota de su conjunción y no de su separación. Lo afirma también el Concilio cuando habla del ministerio sacerdotal³⁶.

La significativa expresión del jesuita Jerónimo Nadal: «simul in actione contemplativus», referida a su fundador san Ignacio (MHSI, Epistolae et Monumenta P. J. Nadal, V, 162), nosotros la interpretamos a la luz de la vivencia de san Juan Bosco, nuestro modelo, que hizo del «da mihi ánimas» el testimonio de toda su vida, tanto en la contemplación como en la acción, y fuertemente también en la pasión, es decir, en la actitud constante que él llamaba «martirio de caridad y de sacrificio por el bien del prójimo»³⁷.

Esta modalidad salesiana brilla con especial claridad en la vida de santa María-Dominica Mazzarello, cofundadora del Instituto de Hijas de María Auxiliadora³⁸, que supo asimilar, como por instinto, el secreto de la interioridad apostólica de san Juan Bosco, manifestada ya en aquellos primeros consejos del Padre: «Rezad sí, pero haced

35. *El Proyecto de vida de los Salesianos de Don Bosco: Guía de lectura de las Constituciones renovadas*, Roma (Madrid), 1986, p. 193.

36. Cf. *Prebyterorum ordinis* 14.

37. Cf. *Actas del Consejo Superior*, núm. 308, abril-junio de 1983: «Martirio y pasión en el espíritu apostólico de Don Bosco».

38. Cf. *Actas del Consejo Superior*, núm. 301, julio-septiembre de 1981: «Descubrir el espíritu de Mornese».

el mayor bien que podáis, especialmente a la juventud»; «creced en el ejercicio de la presencia de Dios; amad el trabajo; llevad a todos amabilidad y alegría; sed en la Iglesia auxiliaadoras para la salvación».

Nuestro Fundador trazó el rasgo más característico de una hija de María Auxiliadora cuando afirmó: «En ella deben caminar al mismo paso la vida activa y la contemplativa, imitando a Marta y a María, la vida de los apóstoles y la de los ángeles».

Es un estímulo para los salesianos el ver en santa María-Dominica Mazzarello las características de nuestra interioridad, llevadas a alturas de intensidad con sencillez por un corazón enriquecido con los preciosos valores femeninos.

«Verdaderamente —escribe don Pedro Ricaldone—, en María-Dominica Mazzarello “descollaba un espíritu de piedad tal, que era fácil descubrir que siempre vivía en presencia de Dios, no sólo durante la oración vocal y la meditación, sino también en los quehaceres materiales. Aseguraron sus hijas que “viendo a la Madre, *se veía un alma que revelaba a Dios...* con una sencillez tan límpida, que el amor de Dios parecía en ella algo natural”»³⁹.

39. PEDRO RICALDONE, o. c., p. 316.

Resumiendo, pues: Para renovar hoy la oración debemos convencernos, ante todo, de que el carisma apostólico de san Juan Bosco nos pide *tender fuertemente hacia la unión con Dios*, es decir, cuidar todas las expresiones de oración, «en diálogo sencillo y cordial», que nos lleven al *amor de caridad*. Tenía razón el Santo Padre Juan Pablo II cuando, hablando a los capitulares aquel recordado 1 de mayo de 1990, afirmó: «Cuanto más contemple un salesiano el misterio del Padre infinitamente misericordioso, del Hijo generosamente hermano y del Espíritu Santo poderosamente presen-

te en el mundo como renovador, tanto más se sentirá apremiado por este insondable misterio a darse a los jóvenes para que maduren humanamente y se salven»⁴⁰.

40. XXIII Capítulo General, núm. 332.

Tres polos a los que hay que prestar la mayor atención

Pero debemos preguntarnos hoy si la renovación de la oración la hemos tomado efectivamente en serio todos los salesianos y en todas las comunidades. No es arriesgado reconocer que hay en nuestra Congregación zonas atrasadas, que plantean dificultades e interrogantes. Así, en lugar de saber aprovechar las experiencias de otros, asimilándolas y armonizando sus valores con las exigencias de nuestro carisma, se las confronta negativamente con los ejemplos de una comunidad tibia. El formalismo en las prácticas de piedad, la mentalidad rutinaria, el peso negativo de alguna casa disgregada en la observancia de las prácticas de piedad, la ausencia del tema vital de la oración en la formación permanente, el no dar la importancia que merecen los tiempos fuertes, la falta de cuidado de la genuina renovación litúrgica, la crisis de la penitencia y el bajón de la ascesis —precisamente cuando en la Iglesia se está experimentando una hora especial del Espíritu Santo— pueden ayudarnos no poco a entender por qué en ciertos casos se busca en otras partes algo tan vital.

Resulta verdaderamente improrrogable cuidar más la renovación de la oración. Para lograrlo debemos apoyarnos en tres polos dinámicos, complementarios entre sí, aunque pertenecen a tres niveles distintos: *la persona* en la oración mental y en la ascesis, *la comunidad* en la incorporación a Cristo mediante la liturgia, y la *presencia ministerial* en-

tre los destinatarios en la acción apostólica y caritativa. Se crea entre estos polos una especie de círculo dinámico con mutua reciprocidad para intensificar la caridad pastoral.

Pero, antes de nada, hagamos una observación preliminar, que nos ayude a valorar mejor la atención que debemos prestar a estos tres polos.

La unión con Dios, que está en el centro de todo, tiene una escala de expresiones muy amplia, que van de la contemplación que llamamos adquirida (con diferente intensidad) a la que damos el nombre de infusa (hasta llegar a altos grados místicos). Todos la pueden alcanzar en mayor o menos medida.

Las reflexiones de san Francisco de Sales nos ayudan a medir la intensidad de nuestra unión con Dios para dedicarnos a elevar su nivel. Hemos visto el significado del uso que hace el término "éxtasis". Éste implica un salir fuera de uno mismo para vivir en Cristo. Pues bien, aplicando el concepto de "éxtasis de la vida" a nuestra convivencia en comunidad, a nuestra práctica de los consejos y a nuestra comunión en un solo corazón y una sola alma, será fácil medir hasta dónde llega la verdad del éxtasis cuando en nosotros descubrimos rasgos de individualismo, arbitrariedad, frialdad, compensaciones peligrosas, etcétera. Igualmente, aplicando el concepto de "éxtasis de la acción" a nuestro trabajo, una verificación objetiva nos hará encontrar fácilmente no pocos defectos que nos sacan de nosotros: egoísmo, susceptibilidad, intenciones no sobrenaturales, concesiones a la soberbia y a la concupiscencia, activismo sin testimonio, etcétera.

Este examen de conciencia nos invita a centrarnos en los tres polos indicados, a fin de que expresen de verdad nuestra caridad pastoral de unión con Dios: más oración, más vida consagrada y más

calidad pastoral *avanzan juntas*. Así descubrimos que el tema de la oración debe ser, de hecho, un compromiso constante y siempre renovado y cuidado por cada salesiano y por cada comunidad. Es el aspecto formativo más vital, que requiere atención, revisión y permanente pedagogía de crecimiento. Nos obligará a individuar criterios prácticos para coordinar vida de comunidad y acción apostólica en íntima armonía con la práctica de la oración. No hacerlo perjudicaría no sólo el testimonio de la comunidad orante, sino también su realidad de vida consagrada y su eficacia pastoral.

Tres polos, pues, que se incluyen mutuamente, que miden su vitalidad en una constante relación recíproca, que tiene como fuente primera la oración y como meta la caridad.

Decía san Juan Bosco —ya lo hemos visto— que «sólo se comienza bien desde el cielo». Leemos en la Imitación de Cristo: «Dejados a nosotros mismos, nos hundimos y perecemos; si tú nos visitas, vivimos y nos levantamos. Sí, somos verdaderamente inestables, pero tú nos das estabilidad; nos dejamos arrastrar por la tibieza, pero tú nos das nuevo calor»⁴¹.

Veamos, pues, algunos aspectos de los tres polos.

1.—*El polo de la persona* se refiere obviamente a cada salesiano y es la base de todo. Sin persona no hay oración. Aquí no caben evasivas echando la culpa al vecino.

Es un compromiso que exige espacios propios y distintos de las actividades del trabajo, dedicados por entero al diálogo directo con Dios. Hay que renovar la escucha cotidiana de su Palabra (meditación, lectura de la palabra de Dios, participación en la comunidad orante, iniciativas individuales), los tiempos fuertes de recuperación interior (retiro mensual, jornada trimestral, ejercicios espi-

41. *Imitación de Cristo*, L. III, cap. XIV, núm. 2, Tiburcio Lupo, primera versión de la edición crítica, LEV, Ciudad del Vaticano 1983.

42. Cf. *Constituciones* 93.

rituales), la participación viva en el año litúrgico con sus celebraciones de la historia de la salvación, la consideración asidua de los misterios de Cristo en el rezo del rosario, etcétera.

43. Cf. *Constituciones* 11.

La actitud fundamental es siempre la escucha en la oración mental. La palabra de Dios es, en último término, Jesucristo, al que nosotros vemos como buen pastor⁴³. Nos habla de muchas maneras y siempre a tono con las diversas situaciones. Pero su propuesta central y suprema —que constituye su memorial— es el testimonio de su Pascua: «Esto es mi cuerpo que se entrega por vosotros, ésta es mi sangre derramada por vosotros». ¡Es el más sublime “éxtasis de la vida”!

No se puede oír pasivamente esta palabra de Dios, refractada en todos los retos que nos interpelan. El devenir de la vida es complejo, pero el memorial de Cristo es clarísimo. Una escucha que lleva a la caridad pastoral no puede ser fuga del sacrificio, y menos todavía un dejarse llevar a la deriva por ideologías y modas. En la pluralidad de las vicisitudes, repetimos siempre con el salmista: «Tu rostro busco, Señor; no me escondas tu rostro».

Un aspecto personal, íntimamente unido a la oración mental, es el esfuerzo responsable que debe hacer cada salesiano en la práctica de la ascesis y de la penitencia. No olvidemos nunca que *el pecado, la carencia de autodisciplina, la conducta tibia y falta de mortificación y el espíritu mundano son la muerte de la oración*. La autocrítica del examen de conciencia, de cara a una sincera actitud de conversión personal y a un agudo “sentido del pecado” —tan ajeno a la actual mentalidad antropocéntrica—, alimenta la imprescindible conciencia del misterio de la misericordia del Padre y da la alegría y la esperanza del perdón⁴⁴. Esto suscitará también no pocas iniciativas personales

44. Cf. *Constituciones* 90.

para intensificar la peculiar ascesis del “hacerse querer”, que nos caracteriza como apóstoles educadores⁴⁵.

Moisés, los profetas, Jesús mismo, los santos y, en particular, los grandes fundadores (Benito, Francisco de Asís, Domingo de Guzmán, Ignacio de Loyola, Teresa de Jesús, etc.) siempre unieron intensamente su oración al ayuno, a la ascesis y a la penitencia. Miremos con atención a san Juan Bosco y quedaremos fuertemente impresionados: nos sorprenderán su práctica de la humildad, su espíritu de sacrificio, su sentido de la mortificación, su aceptación de los sufrimientos físicos y morales así como las incalculables exigencias de su lema “trabajo y templanza”⁴⁶.

Quiero recordar aquí la importancia que daba san Ignacio de Loyola, en la dirección espiritual, al esfuerzo personal de ascesis y penitencia. Él parecía estimar más la mortificación de las pasiones que el tiempo de la oración, y aconsejaba: «Más mortificación del amor propio que de la carne; más mortificación de las pasiones que oración». Y añadía: «*A un hombre que tiene mortificadas sus pasiones, debe bastarle un cuarto de hora para encontrar a Dios*»⁴⁷.

Así pues, cuando se habla de lo indispensable que es el aspecto personal en la oración, se abre un amplio horizonte de esfuerzos para cada salesiano.

2.—*El polo de la comunidad* exige, por su parte, un segundo nivel vital muy vinculado a la renovación litúrgica. En la cumbre está la incorporación a Cristo mediante la Eucaristía; es ahí donde la comunidad se construye en cuanto tal y recibe a diario las energías del Espíritu Santo para ser de verdad «signo de fe», «escuela de fe» y «centro de comunión y participación»⁴⁸. La comunidad se ha-

45. Cf. *Actas del Consejo General*, núm. 326, julio-septiembre de 1988: «Procura hacerse querer».

46. Cf. *Constituciones* 18.

47. IMI, *Fontes narrativi*, cit. II, 419, núm. 24; y I, 644, núm. 196.

48. XXIII Capítulo General, núms. 216, 217.

ce, en Cristo, núcleo animador a modo de pequeña iglesia de base llamada a fermentar evangélicamente la zona y los destinatarios.

Es verdad que sin oración personal no hay comunidad orante; pero no basta. No se trata de una suma de oraciones individuales, sino de una oración conjunta. El Concilio nos invita a dar un salto de calidad de tipo comunitario. Conviene, pues, cuidar una animación litúrgica oportunamente actualizada.

49. XXIII Capítulo General, núm. 222.

El deseado día de la comunidad, promovido por el XXIII Capítulo General⁴⁹ con miras a una formación permanente viva y concreta, debería tener como centro, en todas las casas, la más significativa concelebración de la semana. Hay que dedicar tiempo para prepararla bien y cuidar la sincera participación de todos.

La oración litúrgica nos hace sentir iglesia—conjunto y nos descubre la originalidad carismática de nuestra consagración, para la que «la misión apostólica, la comunidad fraterna y la práctica de los consejos evangélicos son los elementos inseparables ... vividos en un único movimiento de caridad hacia Dios y hacia los hermanos»⁵⁰.

50. *Constituciones* 3; cf. también 24 y 50.

De esta conciencia de comunión apostólica nace el compromiso del común proyecto pastoral.

Una observación práctica, que me interesa no omitir, es que se cuida en todas las casas una capilla digna, vivificada por la presencia del Santísimo. «Reunidas en nombre del Señor —escribió el Papa en un mensaje a la plenaria de la Congregación para la vida consagrada—, las comunidades religiosas tienen como centro natural la Eucaristía. Es normal, pues, que se reúnan visiblemente en torno a un oratorio (= lugar de oración), donde la presencia del Santísimo Sacramento expresa y realiza lo que debe ser la misión principal de toda familia religiosa»⁵¹.

51. SCRIS, 1980, núm. 1, pp. 7-12.

3.—*El polo de la presencia ministerial* en medio de los destinatarios es el otro nivel imprescindible para la renovación de nuestra oración.

No es tan sencillo vivir la gracia de unidad y comprender el nexo que une recíprocamente entre sí interioridad y trabajo en nuestra presencia con los destinatarios. Hay que saber contestar por lo menos a dos preguntas substanciales. Primera: ¿Qué significan para nosotros los destinatarios? Y segunda: ¿Qué clase de presencia y de acción es la nuestra?

Al buscar una respuesta a estas preguntas, comprendemos que la palabra de Dios se presenta siempre con novedades exigentes. En estas décadas las novedades se llaman relanzamiento del carisma de san Juan Bosco⁵², nueva evangelización⁵³, nueva educación⁵⁴; es decir, un vasto campo inseparable de escucha de cuanto nos va sugiriendo el Señor también por medio de los signos de los tiempos, el magisterio de los pastores y las orientaciones de nuestra Congregación.

Los destinatarios son, para el salesiano, una especie de zarza ardiente que ilumina su especial alianza; en ellos ve la imagen de Dios, y sus necesidades materiales son sus preocupaciones espirituales.

Con razón proclama el XXIII Capítulo General: «Creemos que Dios ama a los jóvenes. Tal es la fe que está en el origen de nuestra vocación ... Creemos que Jesús quiere compartir su vida con los jóvenes, que ... llevan dentro de sí, ocultas en sus anhelos, las semillas del Reino. Creemos que el Espíritu Santo se hace presente en los jóvenes y que por su medio quiere edificar una comunidad humana y cristiana más auténtica ... Creemos que Dios nos está esperando en los jóvenes para ofrecernos la gracia del encuentro con él y disponernos a servirle en ellos, reconociendo su dig-

52. *Actas del Consejo General*, núm. 312, enero-marzo de 1985: «El texto de nuestra Regla de vida».

53. *Actas del Consejo General*, núm. 331, octubre-diciembre de 1989: «La nueva evangelización».

54. *Actas del Consejo General*, núm. 337, julio-septiembre de 1991: «Nueva educación».

55. XXIII Capítulo General, núm. 95.

nidad y educándolos en la plenitud de la vida. La tarea educativa resulta ser, así, el lugar privilegiado de nuestro encuentro con él»⁵⁵.

He aquí la primera respuesta: ¡Nosotros en los destinatarios buscamos el rostro de Cristo!

Por otro lado, *la presencia y la acción* hacen del salesiano el signo y portador del amor de Dios a los jóvenes. No se trata, pues, de cualquier presencia. Hay presencias que podrían llevarnos lejos de la oración; aquí se trata de una "presencia ministerial", que nos hace oír de la boca de Jesucristo: tuve sed, tuve hambre y me diste de beber y de comer.

56. *Perfectae caritatis* 8.

Además, la presencia ha de ir acompañada no de una acción cualquiera, que podría ser de orden simplemente humanitario, cultural, social o político, sino —como dice el Concilio— una «acción apostólica y benéfica»⁵⁶, originada y animada por el Espíritu del Señor. Sólo una acción así «pertenece a la naturaleza misma de la vida religiosa, como sagrado ministerio y obra propia de la caridad que [nos] han sido encomendados por la Iglesia y deben cumplirse en su nombre»⁵⁷.

57. *Ibidem*.

La acción apostólica y benéfica lleva dentro de sí, por su propia naturaleza, la unión con Dios y es portadora de una oración más intensa. No es motivo de distracción, sino espacio de un encuentro especial. Sin embargo, para que la acción sea verdaderamente apostólica, debe estar animada por el fuego de la caridad pastoral, que es en realidad el alma del apostolado, aunque también la acción apostólica se hace animadora de la caridad pastoral.

En el corazón del salesiano debe encerrarse el gran secreto que alimenta este fuego.

Así pues, no debería haber dualismo entre trabajo y oración, porque la oración se hace aposto-

lado y el trabajo apostólico hace más intensa la oración.

Nos lo hizo ver el Papa en el ya citado discurso a los capitulares al referirse a nuestra misión educadora. «Quiero subrayar —dijo— ante todo, como elemento fundamental, *la fuerza de síntesis unitiva* que brota de la caridad pastoral. Ésta es fruto del poder del Espíritu Santo, que garantiza la inseparabilidad vital entre unión con Dios y entrega al prójimo, entre interioridad evangélica y acción apostólica, entre corazón orante y manos activas. Los dos grandes santos Francisco de Sales y Juan Bosco dieron testimonio e hicieron fructificar en la Iglesia esta espléndida gracia de unidad. Si ésta se resquebraja, queda abierto un peligroso espacio a los *activismos* o *intimismos*, que constituyen una tentación insidiosa para los institutos de vida apostólica. En cambio, las secretas riquezas que encierra esta gracia de unidad son la confirmación explícita, demostrada mediante toda la vida de ambos santos, de que la unión con Dios es la verdadera fuente del amor activo al prójimo»⁵⁸.

58. XXIII Capítulo General, núm. 332.

Que nos ayuden el Espíritu y María

Queridos hermanos, estas reflexiones nos invitan a intensificar, en nuestra Congregación, el esfuerzo de lograr una oración que esté en sintonía con el carisma de san Juan Bosco. No cabe duda que en estos años posconciliares se ha dado un gran paso adelante. El Vaticano II nos creó un clima nuevo: el sentido del misterio, la multiforme presencia de Dios, de Cristo y de su Espíritu, la vitalidad de la comunión eclesial, la valiosa renovación de la liturgia, el maravilloso significado de la creación e incluso del mundo con su com-

plejidad y con la dimensión escatológica de la historia.

Los capítulos generales nos han ofrecido el carisma de san Juan Bosco en esta inmensa órbita de espiritualidad renovada.

Hace tiempo que todos nos estamos convirtiendo un poco; pero todavía queda mucho para convertirnos del todo, particularmente en el delicado campo de la oración. El secreto de la oración se sitúa, en primer lugar, en la persona, cuya actitud de fondo es la oración mental, en la que cada uno de nosotros tiene que descubrir su trapa para la contemplación; la Providencia, por su parte, nos asignará también, en ciertos períodos especiales de nuestra existencia, algún monasterio de vida donde habrá más pasión que acción; por ejemplo, en la enfermedad o en la ancianidad.

Pero para facilitarnos de modo concreto la oración mental salesiana, debemos procurar que haya en cada Inspectoría animadores competentes, sobre todo en lo que se refiere a los aspectos de la liturgia y de las diferentes prácticas comunitarias. El inspector y el director, en particular, deben sentirse responsables de garantizar, por todos los medios, una renovación auténtica.

El carisma de san Juan Bosco brillará, así, con su encanto peculiar.

Cuanto sirva para apreciar mejor su identidad y rejuvenecer sus raíces profundas, podrá recibirse con gratitud y provecho. Al contrario, todo lo que pueda ofuscar su primado en nuestros corazones o disminuir su atractivo, deberíamos evitarlo cuidadosamente.

La oración salesiana no es difícil ni complicada; está hecha para todos: para los jóvenes y para el pueblo; nos hace ver que la vocación a la santidad no se limita a un pequeño grupo de elegidos, ni sólo a los claustros monásticos, pues vive inserta

en lo cotidiano, en lo ordinario y en lo extraordinario, en la actividad y en la enfermedad, en todo estado y en toda profesión, en toda edad y en toda situación.

En los grupos de la familia salesiana hay también modalidades algo distintas de dedicación a la oración. Nos alegró mucho, por ejemplo, que las salesas de Italia solicitaran entrar en los Cooperadores; y admiramos los planes de Dios que hace surgir acá y allá grupos dedicados con mayor espacio a una oración que quiere asegurar en toda nuestra familia la intensidad de la caridad pastoral. En Colle Don Bosco, verbigracia, ha surgido un presencia de oración permanente por la santidad de los jóvenes. Tiene su sede junto a la casa de Margarita, donde comenzó nuestro carisma, precisamente en el lugar que Juan Pablo II llamó "collado de las bienaventuranzas juveniles" y "escuela de espiritualidad". Cuando los peregrinos, sobre todo jóvenes, acuden allí en busca de mensajes de esperanza, se unen de buena gana a la adoración y a la escucha, y comprenden que en la vida hay que saber rezar.

De modo particular, sin embargo, debemos esforzarnos aún más para que surjan, en las inspecciones, grupos juveniles de oración con las características propias del carisma salesiano. Es más, nuestra pastoral juvenil debería saber cuidar verdaderas escuelas de oración activa, a fin de contrarrestar la pérdida del sentido de Dios en buena parte de la juventud. De nada servirá promover una espiritualidad juvenil, si no cultiva el espíritu de oración.

Sabemos, queridos hermanos, que el carisma de san Juan Bosco es un don precioso del Espíritu y de María a la Iglesia, pues a lo largo de los siglos, junto a la acción vivificante del Espíritu Santo, interviene también como madre María: para

nuestro carisma nos lo asegura explícitamente el Fundador.

Que el Espíritu y María nos enseñen, pues, a rezar con el estilo con que lo hicieron san Juan Bosco y santa María-Dominica Mazzarello.

Os escribo estas reflexiones en el clima de la solemnidad de la Asunción de Nuestra Señora al cielo; es la gran pascua personal de la Santísima Virgen, el misterio que inaugura en ella su función materna de Auxiliadora en la historia.

Cuando el Espíritu hizo actual en María su capacidad de ser madre, nació Jesús, nuestro hermano y señor, al que el Padre podía decir con toda verdad: «Tú eres mi hijo, el amado»⁵⁹, y el corazón orante de Jesús podía responder: «Aquí estoy, oh Dios, para hacer tu voluntad»⁶⁰.

Semejante a esta actitud de Cristo es la de María en la Anunciación: «Aquí está la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra»⁶¹. Es una actitud orante, filial y misionera, que va de la unión de amor con el Padre al realismo de la vida activa en la existencia cotidiana.

Pidamos insistentemente al Espíritu del Señor, primer autor de nuestro carisma, que, por intercesión de María, su Esposa, nos haga crecer sin cesar en la interioridad que nos lleve también a nosotros «a enlazar espontáneamente la oración con la vida»⁶².

Amemos con entusiasmo la identidad de nuestra vocación y alimentémosla a diario con el auténtico espíritu de piedad heredado de san Juan Bosco: ¡tal es el camino que conduce al Amor!

Un saludo cordial a todos.

Con estima y afecto en el Señor,

EGIDIO VIGANÓ

59. *Marcos*, 1, 11.

60. *Hebreos*, 10, 7.

61. *Lucas*, 1, 38.

62. *Constituciones* 86